

UN TRIUNFO NO BUSCADO. AMÉRICO VESPUCCIO, QUINIENTOS AÑOS DESPUÉS

Mariano CUESTA DOMINGO
Catedrático de Historia de América

HACE unos meses hablábamos en Lisboa, sin mucho eco, sobre el quinto centenario de Vespucio. Y es que muchas evocaciones históricas, pese a ocuparse de hechos sobresalientes, no consiguen distraer a la mayoría de los afanes cotidianos, y su ámbito de resonancia queda confinado a lo meramente local o regional. Así sucedió, por ejemplo, con la celebración del segundo milenio de la fundación romana de la ciudad de Segovia, o el 1.800º aniversario de la *Constitutio Antoniana*, relegada a un injusto olvido, pese a ser un acontecimiento capital que otorgó la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del imperio, lo que les abría las puertas de acceso a las magistraturas y cargos del *cursus honorum*, incluidas las categorías de senador o cónsul (1). El interés que despiertan estas efemérides se restringe, generalmente, a un reducido círculo de eruditos y ámbitos culturales de su entorno. No obstante, algunas otras fechas consiguen franquear esos estrechos límites, como sucediera con el quinto centenario de la muerte del infante don Henrique o el del descubrimiento de América (la repercusión con motivo de los aniversarios de la firma del tratado de Tordesillas, de la muerte de Felipe II, del descubrimiento de Brasil..., fue menor). En los dos primeros, la caja de resonancia fue mucho más potente; su eco llenó con fuerza espacios considerablemente más amplios porque al empaque intrínseco de los acontecimientos se sumaba un subyacente mensaje político no exento de carga promocional. No en vano, en España, al menos hasta hace unos meses, ha existido una comisión gubernamental de alto rango encargada de organizar conmemoraciones, la cual, con distintos nombres, ha pervivido durante

(1) El emperador César Marco Aurelio Severo Antonino Augusto declara: «... puedo manifestar mi agradecimiento a los dioses inmortales que me protegen (...) considero, pues, que puedo (...) servir a su grandeza (...) haciendo participar conmigo en el culto de los dioses a todos los que pertenecen a mi pueblo. Por ello concedo a todos los peregrinos que están sobre la tierra la ciudadanía romana [salvaguardando los derechos de las ciudades] con la excepción de los dediticios. Pues es legítimo que el mayor número no solo esté sometido a todas las cargas, sino que también esté asociado a mi victoria. Este edicto será (...) la soberanía del pueblo romano». Biblioteca de Giesen (Alemania), papiro publicado por P.M. Meyer en 1910 y traducido al castellano por el profesor Morillo, de la Universidad Complutense.

más de veinte años y parece que va a seguir haciéndolo, mudando nuevamente de denominación, al menos durante otros tantos. En Portugal sucedió algo parecido, y del mismo modo ocurre en Alemania con las efemérides de Humboldt. Pues bien, actualmente, de forma análoga a los acontecimientos que han sido conmemorados en 2012, emerge el recuerdo, o la memoria, de quintos centenarios o quingentésimos aniversarios, entre otros, de las Leyes de Burgos, del nacimiento de Gerard Mercator y de la muerte de Amerigo Vespucci y, en el mismo sentido, se nos viene encima el Pacífico con todo su potencial conmemorativo. Como se ve, el lema *indocti discant et ament meminisse periti* sigue siendo válido.

Cabe preguntarse si está justificado volver a la carga sobre estas cuestiones, cuando ya se han celebrado, en las fechas oportunas, el aniversario del natalicio y de la aparición de una obra. Nuestra respuesta a esa pregunta es que sí, siempre que se haga con la medida que exige la ciencia; sí, por más que sea conocido que estos eventos han proporcionado a algunos pingües beneficios y, en el ámbito político, han servido a individualidades incompetentes en estas cuestiones para ocupar puestos innecesarios, pero extraordinariamente gratificadores para ellos y para algunos de sus próximos; sí, la celebración de simposios es acertada cuando de estos se ocupan grupos no muy numerosos de expertos, así como es oportuna una difusión amplia, clara y concreta de lo conmemorado, que alcance a toda la sociedad, de forma pedagógica, instructiva, particularmente a los escolares de todos los niveles conforme a su capacidad; sí, son pertinentes las conmemoraciones, siempre que la rememoración esté destinada al conjunto de la sociedad involucrada en el acontecimiento recordado, mediante un esfuerzo de concreción y sencillez, sin grandilocuencia, sin exageraciones, sin debates petulantes, sin condenas extemporáneas y anacrónicas. Hacer una breve radiografía del estado bibliográfico de la cuestión, y de las controversias entre los expertos, es imprescindible, pero en la medida en que se ponga la mira en cerrar debates y no se originen en exceso otros nuevos. Es evidente que la actitud de los editores es fundamental al respecto.

En el momento presente, la efeméride que nos ocupa está suficientemente expresada en el título que hemos dado a estas páginas. Consecuentemente con lo anterior, pretendemos verificar que a los hechos que se conmemoran y a las figuras que los protagonizan no se les dé un anacrónico marchamo patrioter. Nuestra cautela responde a que se han celebrado o conmemorado —y nos hemos declarado favorables a ello en muchas ocasiones, aunque abogando por una mayor sencillez—, a veces de forma recargada, otras dentro de sus justos límites, el nacimiento o la muerte de un personaje, un hecho u obra descolante de otro, pero también, en relación con ellos, se han evocado circunstancias tan insustanciales como su anodino paso por determinado lugar; su pernoctar en la posada de tal pueblo, en el que a veces no pasó ni veinticuatro horas; su insulsa estancia en un balneario —estancia cuya verosimilitud, todo hay decirlo, en más de una ocasión presentaba razonables dudas—, cuando no algún viaje que nunca realizó o la publicación de una obra apócrifamente atribuida

al homenajeado. De esta celebración de lo trivial dan fe las numerosas lápidas conmemorativas distribuidas por doquier en el territorio nacional.

Y estas remembranzas colectivas pueden tener mucho de positivo en las sociedades de las que brotan; y ello a despecho de grupos exaltados que recusan el sesgo enaltecedor y eurocéntrico dado a la conmemoración de algún acontecimiento histórico al que ellos impugnan, y a cuyos protagonistas y logros repudian. Esta actitud hostil puede llegar al paroxismo de exaltar al «contrario» —tenemos un ejemplo de ello en un pueblecito castellano, donde se dio una singular batalla victoriosa y en el, sin embargo, se exalta con un busto de bronce al jefe... perdedor, el del ejército contrario y vencido—. No es un caso único. Recuerdo al efecto determinado país en que mi comentarista decía, con otras palabras: «Estos han hecho monumentos a todos los que les han derrotado».

Pues bien, uno de los procesos históricos que ha dado ocasión a más conmemoraciones ha sido el de los descubrimientos y exploraciones, el de la expansión europea, pese al riesgo que arrastran de convertirse en una celebración eurocéntrica.

Los descubrimientos geográficos

El expansionismo es inherente a la Historia. Este fenómeno es un hecho histórico recurrente, y ante los hechos, decían los escolásticos, no hacen falta pruebas. La ampliación de horizontes geográficos y el ensanchamiento de fronteras de los grupos humanos ligados a un territorio es un fenómeno universal, y siempre se realiza a costa de otra colectividad más débil que, en consecuencia, transcurrido el tiempo, despertará las simpatías del observador retrospectivo. La Historia va archivando en su acervo acontecimientos sobresalientes y otros que no lo son, pero son los primeros los resaltados por la memoria colectiva de los grupos humanos o de los pueblos (2).

Ninguna época como la renacentista para hallar sucesos *singulares*, para encontrar personajes *únicos e históricos*, siendo como fue un periodo de intercomunicación de espacios y de culturas, de territorios y hombres; de expansión de las comunicaciones, de florecer del conocimiento y de aumento del control humano sobre la naturaleza, y también, en doloroso contraste, de indefensión y fragilidad; época por excelencia de los descubrimientos y exploraciones, primero en el Mediterráneo *et plus ultra*, después, en la Mar Océano, de la que Colón fue designado «Almirante». Ya en el océano, estas empresas

(2) Recientemente, los «medios» parecen haberse sumado a este exacerbado frenesí conmemorativo, calificando sin mesura de «histórico» (o, más modestamente, «del siglo») un partido de fútbol, un acto de relumbrón, o un hecho que les parece sobresaliente y que, en ocasiones, hasta merece tal calificativo. Así, medios que exaltan y convierten en *famosos* a quienes ellos han hecho *populares*, se han constituido a sí mismos en exclusivos árbitros de lo histórico.

serían obra de gentes procedentes de lo que actualmente se llama Portugal y España, Inglaterra, Francia, Holanda y Rusia, sin olvidar los logros de los países nórdicos y las aportaciones de las ciudades-república italianas. Sobre el trasfondo de estas empresas, fruto esencialmente del genio colectivo, resaltan también sujetos concretos y muy activos. Sin la interacción de ambos genios —el colectivo y el individual— no sería posible el proceso. Tampoco sin la mezcla, acumulativa y creadora, de las sucesivas aportaciones particulares, a veces tomadas mutuamente en préstamo con lealtad, otras, por apropiación desleal. En correspondencia con esta fecundidad en sucesos singulares, como hemos dicho más arriba, la era de la expansión europea ha dado lugar a muchas conmemoraciones (3).

Mapas (cartografía)...

Así pues, en los descubrimientos y exploraciones se hallará una mena inagotable de centenarios y aniversarios. Hemos citado al Infante y al Descubridor, pero podríamos mencionar a una pléyade de otros prohombres. Que yo recuerde, el primer congreso al que asistí, celebrado en Sevilla, se centraba en Bartolomé de Las Casas, y el último, desarrollado en Madrid, en Mercator. Antes hubo otros, de entre los que yo destacaría el del Infante, sobre todo porque, clausurados los actos solemnes, de los que ya nadie se acuerda, quedaron algunas excelentes obras, entre otras la *Portugaliae Monumenta Cartographica* y la *Monumenta Henriquina*. Pronto llegarán nuevas conmemoraciones —sin ir más lejos, el año próximo nos aguarda la del descubrimiento del Pacífico—, y así sucesivamente, *sine die*, en un «bucle melancólico», que podría decir Jon Juaristi.

Pues bien, relacionadas con estos asuntos hay dos materias que resultan especialmente objetivas, al menos en apariencia, como testigos de la Historia: la cartografía histórica, como mercatoriana *ventana de la historia*, y la toponimia, susceptible incluso de convertirse en objeto de empecinada polémica de sustrato político.

La cartografía como testimonio es inamovible, es reflejo de una realidad geográfica y política, es un testigo estático de un momento concreto. Ello no obsta para que a su sombra se hayan librado conflictos de intereses y haya sido objeto de deformación y manipulación intencionadas. De algún modo, y en cierta medida, el arte de trazar mapas también se vale de herramientas retó-

(3) Y, al socaire de ellas, a esas inectivas antieurocéntricas a que antes nos hemos referido, las cuales, con todo lujo de probanzas desde fines del XX y en el siglo XXI, fuera de contexto incoan una causa general a sucesos ocurridos cientos y hasta miles de años antes, protagonizados por gentes cuyos valores y mentalidad eran los propios de su tiempo y, como no podía ser menos, absolutamente ajenos a los de quienes hoy actúan como sus jueces retrospectivos. Así ha sucedido en un sinfín de regiones oceánicas y continentales, especialmente durante la edad moderna, que actualmente necesitan de otra mirada más indulgente que permita contemplar los hechos desde su justa perspectiva.

ricas, intentando romper la habitual actitud pasiva del oyente u observador. La analogía con la retórica quizá parezca pomposa, y acaso lo sea, al sugerir que tanto la conformación cartográfica del espacio que los mapas muestran como los errores que evidencian encajan en esa definición ambigua que da el DRAE como primera acepción del término *retórica*: «Arte de bien decir, de embellecer la expresión de los conceptos, de dar al lenguaje escrito o hablado eficacia bastante para deleitar, persuadir o conmover», pero sí podría acomodarse a la tercera acepción de la voz que registra el diccionario mencionado: «Uso impropio o intempestivo de esta arte [la retórica]», una ambivalencia a la que contribuye la realidad de la cartografía en cuanto lenguaje franco universal.

Tratar de seguir el recorrido cartográfico con una óptica históricamente heterodoxa lleva al exceso mediante una sucesión de imágenes-cromo mudas que conduce a un grado de autismo, mirar sin hablar. En verdad la utilidad se basa en la interacción entre mapa e historia por más que ahora interese más el mapa en cuanto testimonio, en cuanto fuente.

Aquellas cartas se debatían entre la imperfección y el afán de enmienda. En tanto acta notarial de los descubrimientos, debían ser, y a efectos jurídicos eran, exactas, por más que, *per se*, por su propia esencia, en su aspiración a la certeza solo alcanzasen un grado aceptable de verosimilitud. Pero el afán de perfeccionarlas nunca decayó. Valga como muestra el paso del antiguo sistema de copia al aprovechamiento y acumulación sistemática de la experiencia formando cartas modelo, cartas patrón o *padrones reales*. En todo caso, la cartografía era un instrumento imprescindible de la náutica, y su calidad, fundamental para la navegación y, por lo tanto, para el comercio, para la nación. Lo sintetizaron muy bien Alonso de Chaves, Alonso de Santa Cruz, Martín Cortés, Pedro de Medina, García de Palacio...

... Y nombres (toponimia)

Es evidente que un mapa puede convertirse en un fin artístico en sí mismo (ahí está la sala especial del Vaticano para atestiguarlo), cuya suntuosidad revista de prestigio a su poseedor (decorando salones de mansiones para dar un tono intelectual o de poder), pero al que los complementos imprescindibles (escala, representación del relieve y su identificación, así como las ciudades y asentamientos humanos) convierten en un instrumento capital. Pues bien, uno de los elementos capitales de la carta o mapa son las referencias en su imagen y la toponimia.

Y ahí entramos en el proceso de nomenclatura y sus variantes. Los nombres son indispensables para la recta comprensión e instrumentalización de un mapa. Su origen es dispar y, en sí mismos, son testimonio de un proceso cultural complejo que tiene que ver con la lingüística (atlas plurilingües), con la antropología y, en una palabra, con la Historia.

Los topónimos, cuando son vernáculos, originarios de los pueblos visitados, adolecen de notorias dificultades de traducción o transliteración cuando

dichos pueblos son ágrafos o quienes acuñan el topónimo no dominan lo bastante su lengua (*Tenochtitlán, Campeche*); cuando son exónimos, presentan una notable multiplicidad de origen: pueden haber sido acuñados a mayor gloria de su descubridor (*isla Bermuda*, en honor de Juan Bermúdez) o en homenaje a un personaje destacado (*islas Filipinas, islas de Revillagigedo, Ciudad de Gálvez*), adoptar un matiz despectivo («Veneçuela»), aludir a la festividad en que fue alcanzado un lugar (*Reyes, Navidad*), tener sencillamente un cariz religioso (*Los Ángeles, Santa Bárbara, San Agustín, Santiago*), recordar el lugar de procedencia de un descubridor (*Trujillo, Mérida*), evocar lugares legendarios o míticos (*California, Amazonas, Dorado*), presentar un sesgo de advertencia (*Abrejo, Salsipuedes*), o convertir en propio un nombre común (*La Sabana, Los Álamos, Llano Estacado, Mar Dulce*)...

Pero, volviendo a los descubrimientos, al producirse uno, como es bien sabido, se desencadenaba todo un protocolo ceremonial de *toma de posesión*, uno de cuyos elementos más señalados era la imposición de nombre a lo descubierto; y en esta acción de constituir en fuente de propiedad el acto de imponer nombre hay una reminiscencia bíblica, como se echa de ver en el entusiasmo con que más adelante se afirmará: «Nombre dimos al mar, nombre a los ríos, midiendo estrellas y afijando imanes...». Así pues, la toponimia también encierra un principio de publicidad, de proclamación ante los demás, de revelación, propagación y anuncio no exento de paradojas. Literariamente se habló de «donde la tierra acaba y el mar comienza», de «Nuevo Mundo», de «*finis terrae*», de «Indias», de «América»... En los mapas y globos antiguos aparecen los topónimos «Mondo novo», «Terra incognita», «Terra de Cuba-Asie parti», «América», «Terra Sancta Crucis»...

Una nota historiográfica

Es cierto que numerosos sucesos cobraron notoriedad merced a la relevancia de quienes los protagonizaron. Pero también es verdad que, en otros casos, es el acontecimiento el que dio notoriedad a quienes participaron en él. Aunque a algunos la gloria les sobreviniese póstumamente, pueden haber alcanzado la posición de figuras alegóricas, legendarias y hasta casi míticas, incorporándose de tal modo a lo que se llama «el imaginario de...». Respecto a América, en este aspecto sobresale la figura de Vespucio, a quien la notoriedad le alcanzó de forma estrictamente sobrevenida; y si bien es cierto que en vida ya fue muy conocido, la gloria le llegó a impulsos de un grupo de frailes que se han hecho famosos precisamente por eso, por dar popularidad al florentino. En contraste, otros personajes vinculados al Descubrimiento conocieron honra y fama inmediatamente, en vida. Tales son los casos de Colón, Cortés, Pizarro, Las Casas y otros, los ecos de cuyos nombres resonaron con prontitud y en ámbitos amplios. Hubo quienes se esforzaron por alcanzar honores, fama y perpetuar su nombre, pero existieron personajes, menos ostentosos, que protagonizaron los hechos para que otros los cantaran, como

decía Chamizo, o los narraron a iniciativa propia pero sin intención de distinguirse, en *santa obediencia*, con ánimo de ayudar a sus compañeros.

Fuera de la fama de uno y otro, hay más bibliografía dedicada a Colón que a Vesputio. Sobre Américo han escrito, y no poco, contemporáneos suyos y autores actuales, con mayor abundancia en sus respectivos centenarios, y lo mismo ha sucedido con el Descubridor. Autores tan distintos y distantes como Las Casas, Herrera y Tordesillas y Vázquez de Espinosa; Humboldt y Fernández de Navarrete; Levillier, Arciniegas, Sierra, Laguarda, Formisano, Gandía, Leite, Marcondes de Souza, Magnaghi, Pohl, Seco, Varela y otros más. Todos han pretendido hacer aportaciones sugestivas sobre el florentino, y en este empeño algunos han difundido errores «interesantes» que han devenido en combates por *aquella* historia. Sus textos han gravitado en torno a la problemática que presenta la biografía del florentino, sus fuentes, sus viajes; han polemizado sobre la autenticidad de sus escritos, e intentado esclarecer aspectos lingüísticos, cartográficos, descubridores de su persona, así como, obviamente, dictaminar acerca de la oportunidad o impertinencia del topónimo «América» (*bien o mal llamada*). Como quiera que sea, Vesputio alcanzó la cima de la Casa de Contratación, institución clave en la expansión ultramarina hispánica, y en la que asumió el cargo de piloto mayor. El hecho no deja de ser un acontecimiento notable. Este personaje llegado de Florencia se puso al servicio de los grandes mercaderes florentinos radicados en Sevilla, pasó luego a trabajar para el reino de Castilla (aunque también a su propio servicio) y realizó una expedición por las Indias; cambió de patrón y se enroló con el rey de Portugal, a cuyo servicio realizó otro viaje explorador; y finalmente tornó a Castilla, donde alcanzó la cumbre en el órgano central en la administración de las cosas indianas y náuticas del reino. Cabe preguntarse si era miembro de una red florentina (que lo fue), o empleado del rey castellano (que lo fue asimismo), o del luso (no es probable), u ofició de agente doble, o quizá, simplemente, trabajaba para su propio interés. La respuesta de Vesputio podría ser *business is business*.

Hechos, y no palabras

Amerigho o Américo (Alberico para Humboldt) nació en Florencia (9 de marzo de 1451 o en 1454). Fue el tercero de los cinco hijos (Antonio, Firolamo, Amerigo, Bernardo y Agnoletta) que tuvieron en matrimonio Nastassio y Lisa. La familia residía en una casa alquilada en el barrio de curtidores, donde el padre oficiaba como notario con una renta modesta. La renta familiar era igualmente humilde, pero la economía doméstica no se debatía en la escasez. En este ambiente Américo crecía lentamente. Joven de aspecto serio, callado entonces (quizá podría aplicársele aquel adagio que rezaba *taciturnitas stulto homini pro sapientia est*), mostraba una escasa afición a los estudios, algo de lo que luego se lamentará. De su educación se ocupó su tío fray Giorgio Antonio Vesputti, un dominico que le enseñó latín y le dio a leer los clásicos

(Aristóteles, Virgilio, Dante, Petrarca y Marco Polo, Ptolomeo, su fuente sobre astronomía y cosmografía) y que se hallaba en el entorno de los Médici, donde pudo haber absorbido la cultura renacentista.

Paralelamente, con otro tío, Guidantonio, realizó un viaje de formación profesional y empresarial y de ejercicio diplomático a París, donde debían ocuparse de los negocios de los Médici —y no cosecharon mucho éxito en el cumplimiento del encargo, por cierto—. Pese al declive familiar —el mismo Américo fue el encargado de administrar la herencia familiar al morir su padres, en 1483—, Vespucio pudo inscribirse en la Universidad de Pisa y alcanzar el apoyo de Lorenzo di Pierfrancesco de Médici.

El servicio a Pierfrancesco le condujo a Sevilla (1491), a fin de verificar la diligencia y esmero profesional de los representantes de este personaje florentino, entre ellos de otro agente de Florencia asentado en la capital hispalense. Y llegó a ser factor de otro: el interesante financiero, también florentino, Juanotto Berardi, de quien terminó haciéndose amigo. Américo Vespucio era un negociante nato, amigo también de Cristóbal Colón. Aquella red florentina funcionó bien hasta la muerte de Berardi (acontecida en 1495), especialmente en el aprovisionamiento de las flotas colombinas. Vespucio fue nada menos que el albacea de su legado y prosiguió con los negocios relativos a Indias, en lo que, en efecto, ganó mucho dinero, aunque nunca le pareció suficiente. Su buena relación con Colón le llevó a participar en viajes de descubrimiento, primero con Castilla, después con Portugal. Más tarde se asentó como sabio de la Casa de Contratación.

La primera expedición en que participó, y en la que figura como piloto, fue la encabezada por Alonso de Ojeda que zarpó de Cádiz el 18 de mayo de 1499. Siguiendo la estela del tercer viaje de Colón, Ojeda y sus hombres avanzaron más hacia el oeste, por Trinidad, Paria, Margarita, Cubagua, Coquibacoa o Veneçuela, hasta alcanzar el cabo de la Vela, para proseguir por La Española y rendir por último viaje en Cádiz en junio de 1500. Más de un año de esfuerzos y sinsabores para traer por todo botín una pequeña carga de aljófares y perlas, unos granos de oro y algunos esclavos, magra recompensa que, al menos, sirvió para cubrir gastos y repartir un insignificante beneficio de menos de seis ducados a cada tripulante.

Manuel I el Afortunado le contrató como piloto. No es momento de lucubraciones, pero parece dudoso que pudiera influir en ello decisivamente la prohibición castellana del paso de extranjeros a Indias. Realizó un viaje a la costa brasileña (de mediados de 1501 a finales de 1502), cuya prueba es la *Mundus Novus*. El recorrido superficial llevó a la expedición hasta los 30° S (es decir, hasta Porto Alegre o Lagoa dos Patos, aproximadamente) y pudo avanzar, eventual e inciertamente, hasta los 50° por el interior oceánico. Finalmente, en 1504 concluyó su estancia en Portugal y, sin haber obtenido mayores éxitos, retornó a Sevilla tras escribir su carta a Piero Soderini.

Es entonces cuando recibe dos buenas noticias: sorprendentemente, Juana I le otorga carta de naturaleza, por «vuestrós buenos servicios que me habéis fecho, é espero me haréis de aquí adelante, por la presente vos hago natural de

estos mis reinos de Castilla y de León», y Colón escribe elogiosamente sobre Vespucio a su hijo Diego. Por último, otra acontecimiento feliz adorna su vida en estos años: el neocastellano se casa con María Cerezo, por más que ya tenía una hija natural en Florencia.

Como es bien sabido, poco después Fernando el Católico ordenó que se reunieran Américo Vespucio y Vicente Yáñez Pinzón para hablar sobre la expansión y la «búsqueda del Paso». Colón había muerto, Pinzón se hallaba en pleno proceso de maduración, y Vespucio, con deseos de promoción, en su lógica ambición debía ser escuchado. En consecuencia, el exflorentino participó en una reunión con Yáñez Pinzón, Juan de la Cosa y Díaz de Solís (26 de noviembre de 1507), y en febrero siguiente tuvo lugar la Junta de Burgos, con presencia del rey Fernando.

El rey ordenó a Pinzón y a Díaz de Solís que encabezaran la expedición a la búsqueda del Paso, mientras que Vespucio fue destinado a la Casa de Contratación, nada menos que como piloto mayor —su nombramiento fue sancionado por el rey y la reina, en Valladolid, el 6 de agosto de 1508—. Se le encomendaba la misión de ocuparse de la instrucción náutica y del examen de los pilotos, así como de trazar el mapa oficial, previa junta de todos «los más hábiles que se hallaren», para que, mediante consenso, elaboraran una cartapatrón —el llamado *Padrón real*— de todas las tierras e islas descubiertas en las Indias. El propio Américo Vespucio, por razón de su cargo, participó como es lógico en la cartografía de la Casa. Trabajos suyos —afirma Pedro Mártir de Anglería en *Décadas del Nuevo Mundo* II, lib. x— fueron vistos en casa de Rodríguez de Fonseca, y debieron de ser frecuente objeto de copia, porque la Corona dio orden de restringir su uso: «En lo de las cartas de marear —narra— ha sabido su Alteza que se dan a muchas personas y porque no quiere que se den sino a las personas que fuere necesario y que van a su servicio, a América, que los oficiales tomen juramento y, de aquí adelante, no dé ni consienta dar cartas a ninguna persona que no fuere por mandado de su Alteza y de los oficiales de la Casa».

Mártir de Anglería recordaba la presencia de Vespucio junto a Fonseca con numerosos testimonios náuticos, como una esfera sólida y diversos mapas «a los que los navegantes llaman cartas de marear». Una de ellas —decía— la habían dibujado los portugueses, con intervención, según se aseguraba, del florentino. Otra, comenzada por Colón cuando recorría aquellos lugares, fue adicionada a su entender por su hermano Bartolomé, que asimismo había reconocido los tales lugares. Además, no hubo castellano que a poco capacitado que se creyera para medir tierras y litorales no confeccionase su propio mapa. Guárdense como las más estimables cartas náuticas las que compusieron aquel Juan de la Cosa... y otro piloto nombrado Andrés de Morales, ya porque su experiencia fuese mayor (conocían efectivamente aquellos lugares como las habitaciones de su casa), ya porque estuviesen reputados como más entendidos que los otros en materia de cosmografía náutica.

Hete aquí a este exflorentino controlando todos los viajes a las Indias, conociendo y seleccionando a los mejores pilotos y, consecuentemente,



sabiendo al dedillo el comercio que generaban. Su sueldo era relativamente modesto (75.000 maravedíes anuales), pero tenía acceso a información privilegiada y a los dos personajes más influyentes en relación con las Indias: Cisneros y Rodríguez de Fonseca. Así pues, su casa estaba bien servida —quizá por una servidumbre sumisa, ya que se le atribuyen otras dos hijas habidas con una esclava.

El 9 de abril de 1511 Américo Vespucio dictó sus últimas voluntades ante el notario. En el testamento legaba la mayoría de sus bienes a su mujer y, a falta de otros herederos legales, las demás mandas eran de tipo piadoso o benéfico, aunque no por ello dejaba de prestar una atención especial a su presunta amante esclava y a los hijos con ella habidos. Y así, pedía que a Isabel —que tal era el nombre de la esclava— y a sus dos hijos se les concediera la libertad a la muerte de su esposa, «por los buenos servicios que me han fecho a mí» (y a su mujer, añade). Vespucio murió en Sevilla el 22 de febrero de 1512. Su esposa recibió una pensión de la Corona por los servicios prestados por su marido como piloto mayor. Su sobrino Juan Vespucio, conjuntamente con Juan Díaz de Solís, fue el albacea.

La bien o mal llamada América

El nuevo continente hallado por Colón fue recibiendo diversos nombres: «Nuevo Mundo», «Indias» e «Indias Occidentales», «Tierra Santa Cruz» o «del Brasil»... Pero hete aquí que, transcurrida poco más de una década del hecho, un grupo de frailes más bien anodino pero sobrado de entusiasmo, reunido en una abadía secundaria con una biblioteca mediocre pero poseedora de una imprenta, iban a ser quienes lanzaran a la fama no al genuino protagonista del Descubrimiento, sino al florentino que había escrito dos cartas divul-

gadoras de los viajes que hizo y a través de un mapa que los mismos religiosos imprimieron. Se trata de los frailes de Saint-Dié, en la Lorena francesa, en cuyas manos obraban sendas traducciones de la *Lettera a Soderini* y de la *Mundus Novus*.

Aquellos hermanos preparaban una nueva edición (1507) de la *Geografía* de Ptolomeo, cuando les llegó la carta a Soderini (ya conocían la *Mundus Novus*). Pues bien: los frailes se ilusionaron de tal forma que abandonaron su proyecto anterior y se enfrascaron en una novedosa empresa que podía hacer que su convento-biblioteca-imprenta alcanzara mayor fama. No se equivocaron. El 25 de abril de 1507 salía de las prensas de Saint-Dié su *Cosmographiae intro-*



ductio, juntamente con un mapamundi y un desarrollo de la esfera. Pagaron a Vespuccio con generosidad proponiendo el nombre de «América» para la tierra descubierta. Bien o mal llamada, justa o injustamente impuesto el topónimo, su éxito es obvio, por más que su sentido originario pueda verse en crisis porque un país que ocupa una región alejada de las tierras que el propio Vespuccio pisó (EE.UU.), en una suerte de «imperialismo geográfico», parece reclamar para sí la exclusividad del topónimo. Los religiosos publicaron aquel opúsculo, con una traducción al latín de la *Lettera*, bajo el título de *Quattuor Americi navigationes*. En el texto se lee la propuesta de los frailes de que el Nuevo Mundo se llamara «América» —en femenino, como los demás continentes, y a mayor honra de quienes ellos pensaban que era «su descubridor», como sugiriendo que era la tierra de Américo (*ab Americo inventore*), América (*quasi Americi terram sive Americam*)—. Los autores de tal éxito fueron Mathias Ringmann y, en cuanto al mapa, Martín Waldseemüller —los materiales fueron hallados avanzado el siglo XIX, aunque ya Humboldt había leído el texto.

Así pues, a Vespuccio le alcanza una fama sobrevenida sin que él la hubiera impulsado ni alentado, ajena a sus intereses inmediatos, aunque, sin duda, de haberla conocido, tampoco la habría rechazado. El éxito y el impacto editorial de la *Cosmographiae introductio* fueron enormes, y la polémica que inauguró no ha sido menor. La «disputa sobre Vespuccio», sobre sus viajes y sus escritos, sobre la pertinencia del uso de su nombre como gran topónimo, no ha cesado, sobre la base tanto de los documentos originales como de los considerados copias, sus traducciones y ediciones, con errores de lectura; mucha de la documentación es extraña a cuanto respecta a los descubrimientos y exploraciones o la cartografía.

Los historiadores que abrieron la polémica fueron Bartolomé de Las Casas —contemporáneo del florentino—, Antonio de Herrera y Tordesillas y Antonio Vázquez de Espinosa —podríamos decir que en el primer centenario del Descubrimiento—. El primero (*Historia general de Indias*), proclive a Colón, con su característico enardecimiento no dudó en acusar a Vesputio de «mentiroso» y hasta de «ladrón», de usurpador de lo que tanto se debía al Almirante y de que, en verdad, se había apropiado de lo que no le pertenecía, ya que el Nuevo Mundo debería llamarse *Columba* en vez de *América*. Más aún, no se explicaba cómo Hernando Colón, que conocía tan bien como el propio dominico tanto los viajes de su padre como los del florentino, no había reaccionado ante el expolio.

Por su parte, Antonio de Herrera y Tordesillas también dedica algunas páginas de sus *Décadas* a Vesputio, sus engaños y el nombre de América. El cronista historiador (t. I, p. 270) habla del origen del hombre americano, concluyendo sobre el nombre del continente «que la generación y población de los indios, ha procedido de hombres que pasaron a las Indias Occidentales, por la vecindad de la tierra, y se fueron extendiendo poco a poco. No ha sido otra la causa de haber llamado Indias a este Nuevo Mundo», subrayando que el topónimo fue una contribución del propio Colón, quien pretendía con ello un mayor estímulo porque *Indias* tenía sonoridad a riquezas sin cuento. Pero, cuando Herrera menciona a Vesputio (p. 394), anota los «engaños» de este para favorecer a Ojeda pero, vuelve a subrayar, «siempre persistiendo en aplicar la gloria del descubrimiento de la Tierra Firme al Almirante sin menospreciar a Vesputio y Ojeda» (p. 411) y sus viajes por la costa septentrional de América del Sur (Coquibacoa, Santa Marta, Cartagena y Urabá). Páginas adelante Herrera, a instancias de Diego Colón, se ratifica en su posición (pp. 495-496), declarando, acerca de los descubrimientos hechos por el padre de Diego, que era necesaria «cautela sobre Américo Vesputio en atribuirse la gloria ajena, ganada con mayor trabajo que el suyo».

Vázquez de Espinosa (1623), de conformidad con Solórzano Pereira, defendía de forma contundente que las tierras nuevamente halladas deberían haberse llamado Colonia, no América; y es que tenía a Américo Vesputio por un tipo gris que ni había sido de los primeros en pasar al Nuevo Mundo ni hecho nada extraordinario, de manera que terminaba preguntándose a qué venía tanta gloria.

Ya en el tercer centenario de la gesta colombina, entre los primeros en estudiar el tema se halla Humboldt, y posteriormente, un buen número de investigadores igualmente serios que han contribuido a enredar el embrollo. Así, podríamos mencionar, entre una larga pléyade, a Martín Fernández de Navarrete, quien habla de la astucia de Vesputio, o a Duarte Leite, que tilda a Américo de personaje presuntuoso, novelista mentiroso, navegante del montón, cosmógrafo de pacotilla y falso descubridor que se apropió de glorias ajenas. Y hasta hay una mención reciente que le dedica la lindeza de tildarle de proxeneta.

Los demás testimonios de los siglos XX y XXI son numerosos y no todos tan negativos, aunque hayan sido inevitables discusiones fuertes y juicios severos. Magnaghi, Pohl, Enrique de Gandía, el amigo Rolando Laguarda Trías han valorado sus descubrimientos. Roberto Levillier puso gran entusiasmo, como puede apreciarse en su opúsculo *La fama de Américo Vespucio en su V centenario*, donde tacha el *Amerigo Vespucci* de Alberto Magnaghi de «obra cerebral y fantaseadora y nunca objetiva [que] abunda en ocurrencias, sospechas, repudios y aseveraciones infundadas...»

Los escritos de Vespucio

Los textos vespucianos que interesan particularmente son *Mundus Novus* y *Lettera a Soderini*, unánimemente aceptados como auténticos. El primero fue difundido, manuscrito, coincidiendo con la fundación de la Casa de Contratación. Editores florentinos percibieron que aquellas descripciones del Nuevo Mundo, traducidas al latín, podían ser un éxito editorial (4). Fueron publicadas en París (1504) y en italiano (1507) con el título de *Paesi novamente ritrovati et Novo Mondo da Alberico Vesputio florentino intitolato*, y al año siguiente, traducidas al latín, en Milán.

El texto de su *Mundus Novus* recoge datos que son reales, pero los ofrece de una forma imprecisa y hasta ambigua, en una mezcla en la que emergen referencias parcialmente correctas pero redactadas de modo confuso. Y de la *Lettera a Soderini*, que ha sido rechazada por concienzudos investigadores (Pohl), se conoce que fue impresa en Florencia, en italiano (1505), y que después conoció traducciones al francés y al latín. Lo más notable de la primera es que Vespucio se presenta como el primer europeo en pisar el continente, el Nuevo Mundo y, por tanto, se otorga a sí mismo preeminencia sobre su amigo Colón. El hecho de que, respecto a esta pretensión, no hubiese reacción en España ni por parte de los herederos de Colón obedece — piensa Pohl — a que era un documento manifiestamente falso. La segunda carta de Vespucio está dirigida, el 4 de septiembre de 1504, a Piero Soderini, magistrado supremo de la República florentina. En ella describe sus viajes, incluidos los no aceptados por la crítica, en la que tan activamente participó Levillier (1954).

(4) Américo narra cómo en el viaje por cuenta de Portugal había hallado un Nuevo Mundo (7 de agosto de 1501), un continente cuyas larguísimas playas estaban *repletas* de «infinitos habitantes». Creían haber alcanzado los 50° S en el mar; en tierra se hallaban a 32, con «muy templado y ameno el clima (...) muchas especies de animales feroces y sobre todo de leones, serpientes y otros... bosques extensos y árboles de inmenso porte, es extremadamente fértil (...) pero el estado de la mar, el frío y las dificultades náuticas les hicieron regresar a Portugal».

A modo de conclusión

Florenia, cuna del Renacimiento, motor de renovación cultural, también fue el *alma mater* de Américo Vespucio. Este escenario vital luego sería ampliado por el florentino en París y Pisa, donde Américo se formó y aprendió técnicas comerciales, modos de relaciones personales y, también, cosmografía.

Se acepta que Vespucio fue, para su época, un hombre culto con conocimientos sobre navegación, y que hizo relación de sus viajes; que en sucesivas correspondencias plasmó unas narraciones que, hermosadas por la fantasía, fueron capaces de conmover a los interesados de la época. La publicación y difusión de sus escritos contribuyó a ello.

Del servicio a los Médici, por conveniencia, pasó a la península ibérica, donde, también guiado por el propio interés, se incorporó a la red florentina más que genovesa y sirvió alternativamente, por las mismas razones, a España y Portugal, de lo que se benefició, pues para eso había llegado.

Participó en los descubrimientos marítimos en la epidermis sudamericana (de Urabá al Río de la Plata) y dedujo la realidad continental de aquel magno territorio, como Cristóbal Colón había concluido poco antes en su tercer viaje; sin embargo, las circunstancias, se ha visto, condujeron a que el topónimo del continente rinda homenaje a su persona, y no a la del Almirante.

Era preciso verificar la imagen hidrográfica de aquellas tierras y comprobar que existía un paso hacia el oriente. El florentino, como había hecho el genovés, realizó descripciones geográficas —y etnográficas— e informó de todo a la corte patrocinadora.

La imagen del Nuevo Mundo recogida en el mapa de Juan de la Cosa (1500) quedó superada transcurridos dos años, y la representación cartográfica de América fue progresando con ayuda de la imprenta y de los trabajos de la Casa de Contratación. De ello son muestra los mapas de «Cantino» (1502), Waldseemüller (1507) y el de 1513 —donde las nuevas tierras ya no lucen el nombre genérico de «América», sino el de «*Terra Incognite*»—, a los que sucederían otros hasta llegar a 1519, en que se inició la apertura del paso marítimo.

Vespucio fue buen amigo de Cristóbal Colón (mejor sería decir que Colón fue buen amigo de Vespucio) hasta la muerte del Almirante, que le apoyó con generosidad. Y así, escribió una carta a su hijo Diego presentando al florentino como «hombre de bien» al que la suerte había sido esquiva, como a tantos otros, y cuyos desvelos no le habían procurado el beneficio que razonablemente esperaba. Es difícil concluir que atesorara más méritos que Cristóbal Colón, o que los Pinzón o Juan de la Cosa, por más que tuviera la suerte de que su nombre terminara convirtiéndose en epónimo del Nuevo Mundo.

Sin embargo, se ignora todo lo referente al personaje, fuera de lo que él mismo no cuanta acerca de su persona. Nada sabemos de las artes marineras de Américo Vespucio, a excepción de lo que el propio interesado, en un alarde de inmodestia, relató. Sus comentarios geográficos son en gran medida fruto de las teorías en boga en aquel momento. No obstante, Vespucio no fue un hombre carente de méritos.



Alegoría de Vesputio descubriendo América.

Caso de que fuera un impostor, si usurpó la primacía del descubrimiento colombino, ¿cómo es posible que ni Fernando Colón ni el resto de su familia alzarán la voz contra él? ¿Quién dibujó los mapas de aquellos años? ¿A qué se debió la concesión de algunos honores y prebendas que le fueron conferidos por la corona de España en la última etapa de su vida, e incluso a título póstumo?

Américo Vesputio no fue el artífice de que su nombre, y no el de Colón, se convirtiese en 1507 en epónimo del Nuevo Mundo, el cual en verdad no sería utilizado para designar al conjunto del continente hasta mucho después. Sí fue artífice, en cambio, de ampliar los horizontes geográficos más allá de lo que los otros habían descubierto.

Hubo quien se preguntaba si tal vez, tras quinientos años de reproches, la Historia rehabilitaría al insigne navegante y cosmógrafo Américo Vesputio. También cabría preguntarse si no estuvo suficientemente habilitado en su tiempo. Lo está en la actualidad. No en balde su nombre es generalmente recibido con respeto, mientras que el de Colón se recibe con más reticencia, como si en el Almirante se situara el origen de la introducción en América de todo mal sin mezcla de bien alguno (5). Por lo demás, henos aquí, en 2012, el «Año Vesputiano», a mayor gloria de Américo.

(5) En uno de los últimos gestos, la presidenta Cristina Fernández (la «Reina Cristina» de Olga Wornal) ha apeado la estatua de Colón de su pedestal en las inmediaciones de la Casa Rosada. Crónica de Carmen de Carlos para *Abc*, 7 de julio de 2013, p. 54.

Bibliografía

- ARCINIEGAS, Germán: *América, 500 años de un nombre. Vida y época de Amerigo Vespucci*. Colombia, 2005.
- COMMISSIONE COLOMBIANA DEL QUARTO CENTENARIO DELLA SCOPERTA DELL' AMERICA: *Raccolta dei Documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana del quarto centenario della scoperta dell' America*, parte III, vol. II. Roma, 1892.
- DOMINGUES, Francisco C: *A travessia do Mar Oceano. A viagem de Duarte Pacheco Pereira*. Tribuna, Lisboa, 2012.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín: *Colección de viajes y descubrimientos*, vol. III. Madrid, 1954.
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe: *Américo: el hombre que dio su nombre a un continente*. Tusquets, Barcelona, 2008.
- FORMISANO, Luciano: *Letters from a New World: Amerigo Vespucci's Discovery of America*. Nueva York, 1992.
- : *Cartas de viaje*. Alianza, Madrid, 1986.
- GANDÍA, Enrique de: *Américo Vespucci y sus cinco viajes al Nuevo Mundo*. Buenos Aires Boston 1991.
- HERRERA Y TORDSILLAS, Antonio de: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar Océano*. M. Cuesta (ed. y estudio). Madrid 1991.
- LAGUARDA TRIAS, Rolando: *El hallazgo del Río de la Plata por Américo Vespuccio en 1502*. Academia Nacional, Montevideo, 1982.
- LAS CASAS, Bartolomé de: *Obras completas*, 14 vols. (ed. de P. Castañeda). Alianza, Madrid, 1989 y ss.
- LEITE, D.: «A exploração do litoral do Brasil na cartografia da primeira década do século XVI», en *Historia da colonização portuguesa do Brasil, Descobridores do Brasil*. Oporto, 1931.
- LEVILLIER, Roberto: *América la bien llamada*, 2 vols. Buenos Aires, 1948.
- : *La fama de Américo Vespuccio en su V centenario*. Real Sociedad Geográfica, Madrid, 1954.
- MAGNAGHI, Alberto: *Amerigo Vespucci: studio critico, con speciale riguardo ad una nuova valutazione delle fonti*. Roma, 1924.
- MARCONDES DE SOUZA, Thomaz O: *Amerigo Vespucci e suas Viagens. Estudio crítico de acordo com a documentação histórica e cartográfica*. São Paulo, 1954.
- POHL, Frederick J: *Amerigo Vespucci Pilot Major*. Nueva York, 1966.
- SECO, Carlos: «Algunos datos definitivos sobre el viaje Hojeda-Vespuccio», *Revista de Indias*. Madrid, 1955.
- SIERRA, Vicente: *Amerigo Vespucci: el enigma de la historia de América*. Ed. Nacional, Madrid, 1968.
- VARELA, Consuelo: «El testamento de Amerigo Vespucci», *Historiografía y Bibliografía Americanista XXX*, II, pp. 3-20. Sevilla, 1986.
- VÁZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio: *Compendio y descripción de las indias occidentales* (ed. de Balbino Velasco). Madrid, 1969.
- WALDSEEMÜLLER, Martin: *Cosmographie introductio cum quibusdam geometriæ*. Argentoraco (Estrasburgo), 1509.